

SARAH GOWAN JOHNSON

ENSEÑEN

BIEN A

SUS HIJOS



Una guía práctica para el discipulado familiar



InterVarsity Press
ivpress.com

Tomado de *Enseñen bien a sus hijos* por Sarah Cowan Johnson

Traducción al español ©2025 por InterVarsity Press, LLC

Teach Your Children Well edición en inglés ©2022 por Sarah Cowan Johnson

Publicado por InterVarsity Press, Downers Grove, IL

www.ivpress.com.

CONTENIDO



Introducción	1
1 La mala noticia	11
2 Un poco de levadura	28
3 La buena noticia	42
4 Discipulado receptivo	58
5 Corazones sucios y la ansiedad de Aslan: Cómo guiar a nuestros hijos a través de los momentos de conexión con Dios	75
6 Discipulado proactivo	100
6 ³ / ₄ Una introducción a John Westerhoff	113
7 Edades de 0 a 6 años: La etapa de la fe por experiencias	115
8 Edades de 7 a 11 años: La etapa de la fe por vínculos	137
9 Edades de 12 a 18 años y más: Las etapas de la fe inquisitiva y la fe propia	154
10 Cómo utilizar la 'Primera Guía de Ruta'	177
11 Llévate estas ideas: Prácticas compartidas en familia	193
12 Seguimiento	214

Agradecimientos	229
Apéndice A: Primera Guía de Ruta	231
Apéndice B: Guía de Ruta Familiar	243
Notas	247
Bibliografía	253



LA MALA NOTICIA

(o un mapa de ciudad y un
cenicero lleno de monedas)



Si la probabilidad de que algo pueda salir mal es de 50-50, entonces 9 de cada 10 veces saldrá mal.

PAUL HARVEY

L LEGÓ LA HORA DE LA VERDAD: tengo una mala y una buena noticia. Voy a empezar con la mala noticia porque aunque se sienta como un puñetazo en el estómago, probablemente la expectativa de una buena noticia ayude a mitigar el golpe.

En este momento, en Estados Unidos, las probabilidades de que nuestros hijos caminen con Jesús en la edad adulta son equivalentes a las de lanzar una moneda al aire. Según el Fuller Youth Institute, se estima que el 50 % de los estudiantes de secundaria [aproximadamente entre los 15 y 18 años de edad] que participan activamente en sus iglesias se alejan de su fe después de graduarse.¹ Lee de nuevo esa frase: no se trata del 50 % de los estudiantes de secundaria que van a la iglesia, ni de los que van a la iglesia de vez en cuando. Es el 50 % de los adolescentes que participan activamente en sus iglesias. Estamos hablando de que el 50 % de nuestros jóvenes más comprometidos elegirán hacer su vida lejos de Jesús cuando lleguen a ser adultos.

No sé cómo te sientas al respecto, pero a mí esto no me sienta nada bien. Cada vez que pienso en ello se me vuelca el corazón y siento una incomodidad turbulenta en el estómago que se convierte en un fuego ardiente dentro de mí que quiere *hacer* algo al respecto. No solo por mis dos hijos, sino por toda una generación de jóvenes y por la continuidad de la relación de la humanidad con Dios. No estoy dispuesta a dejar la futura relación de mis hijos con Jesús a merced de una moneda lanzada al aire. Y tengo la firme convicción de que no tenemos por qué hacerlo.

Como padres, a pesar de nuestra frustración y confusión emocional, es importante recordar que no podemos garantizar que nuestros hijos seguirán a Jesús cuando sean adultos, por mucho que nos involucremos en su camino espiritual y por mucho que oremos por ellos. Tal como Greg solía recordarme cuando nuestros bebés simplemente no se dormían sin importar cuántas estrategias probáramos, nuestros hijos no son robots. No podemos programarlos para que hagan lo que nosotros queremos.

Entonces, no estoy diciendo que exista una fórmula mágica que, con nuestro propio esfuerzo, produzca pequeños ~~robots~~ discípulos perfectos. Por más atractiva que pueda parecer esa idea para aquellos de nosotros que preferiríamos tener el control de todas las cosas en todo momento, es simplemente poco realista. Esta idea también está teológicamente condenada al fracaso. Las Escrituras dejan claro que una relación con Jesús es iniciada por Dios (Juan 6:44), y que el papel que los seres humanos desempeñamos es simplemente abrir la puerta al llamado de Dios (Apocalipsis 3:20). Como padres, aunque podemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para amplificar ese llamado, no podemos obligar a nuestros hijos a abrir esa puerta. Creer algo diferente sería asumir un lugar en la vida de nuestros hijos que por derecho le pertenece, ya sea a Dios (eso sería idolatría), o a ellos (eso implicaría sobrepasar nuestros límites como padres).

Esta idea falsa puede conducir a la vergüenza, que nunca proviene del Señor. Si eres padre o madre de un hijo que se ha alejado de Jesús, tu dolor refleja el corazón de Dios. Pero si estás cargando con algún sentimiento de fracaso o vergüenza, te pido que consideres esta invitación a llevar esas cargas a los pies de Jesús. Al enemigo le encantaría desanimarte —o incluso disuadirte de continuar orando por tu hijo— mintiéndote y amontonando una carga excesiva sobre tus hombros. Quizás sea útil recordar que tus hijos siempre han sido hijos que solo te fueron confiados: ellos le pertenecen a Dios, no a ti. Tú no eres el responsable —y tampoco eres capaz— de determinar el resultado de su viaje. Dios conoce y ama a tus hijos más de lo que tú jamás podrás comprender. Y como demuestra la historia del hijo pródigo en Lucas 15, nadie está nunca más allá del alcance del poder y la gracia de Dios.

Así que mientras tengamos esto claro desde el principio —que no hay garantías, aunque hagamos todo «bien»— creo que hay muchas cosas que podemos explorar que nos brindarán herramientas para guiar a nuestros hijos hacia una fe madura, y para finalmente dejar esa estadística del 50 % en el olvido.

¿CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ?

Crecí en los años ochenta. Vi explotar el transbordador espacial Challenger y caer el Muro de Berlín. Tuve una bicicleta Huff y rosa con asiento alargado y serpentinas en el manillar. Morí de disentería cientos de veces en el juego *The Oregon Trail*, y recuerdo el momento en que los *jeans* de tubo pasaron de moda por primera vez. También recuerdo cómo era aprender a conducir sin un GPS.

El sentido de la ubicación y el sentido intuitivo de la orientación son dos cosas con las que el Señor no me bendijo, y al decir eso me quedo corta. Cuando obtuve mi licencia de conducir, mi padre dijo en tono de broma que desearía poder regalarme una paloma de las que saben volver a casa para que la llevara conmigo en el coche. (Cuando tenía veinticuatro años, y

TomTom fabricó el primer dispositivo GPS de navegación todo en uno, mi papá me envió uno por correo postal con una nota que decía: «Por fin: tu paloma mensajera»). Siempre que conducía sola a algún sitio, tenía que considerar tiempo extra por si me perdía. Mi mapa de las calles de Massachusetts era mi mejor aliado. Y siempre guardaba monedas en el cenicero del coche (sí, jóvenes lectores, han leído bien: cenicero) para poder hacer llamadas desde teléfonos públicos.

Para mí, perderme era parte normal de mis paseos en coche. El primer paso para volver a encontrar el camino era averiguar dónde estaba. Primero, tenía que saber en qué barrio estaba, luego localizar dos calles transversales y buscarlas en el mapa. Luego intentaba volver sobre mis pasos —«¿Cómo llegué hasta aquí?»— para encontrar el camino de vuelta al lugar donde me había desviado.

Cuando pienso en dónde estamos cuando se trata de ayudar a nuestros hijos a vivir a la manera de Jesús, esa estadística del 50 % indica que los que estamos en la iglesia occidental estamos perdidos. Para aquellos que recuerdan cómo era conducir antes del GPS, estamos en el momento en el que lo que ves por la ventana no coincide con lo que esperabas encontrar. Estamos perdidos. Y para volver a encontrar nuestro camino, sería útil en primer lugar volver sobre nuestros pasos y preguntarnos: «¿Cómo hemos llegado hasta aquí?», a fin de identificar los giros equivocados que hemos tomado por el camino.

Para ser sincera, probablemente los giros equivocados son demasiados como para contarlos, pero voy a explorar algunos de ellos, organizados de forma amplia bajo los subtítulos del mundo, la iglesia y nosotros.

EL MUNDO

El mundo que nos rodea está cambiando y ha cambiado significativamente en los últimos veinte años. Si tienes mi edad o eres

mayor, habrás vivido esta transición ya siendo adulto, y es posible que seas muy consciente del cambio radical que se ha dado, aunque puede que no sepas exactamente qué es o por qué está ocurriendo. Quizá no entiendas por qué parece que todas las personas más jóvenes que tú agregan sus pronombres en todas partes. Si eres más joven que yo por diez años o más, es probable que hayas alcanzado la mayoría de edad en medio de este cambio y ni siquiera seas consciente de ello. Los pronombres son una parte completamente normal de la vida.

En lo que respecta al cristianismo, antes del cambio de siglo solo había dos tipos de culturas en el mundo: lo que podríamos llamar las culturas «no cristianas» (sociedades que históricamente no han recibido una influencia del cristianismo) y las que podríamos llamar «de la cristiandad» (sociedades en las que el cristianismo había ejercido una fuerte influencia cultural). Sin embargo, por primera vez en la historia de la humanidad, el siglo XXI ha traído consigo la aparición de un tercer tipo de cultura en las sociedades occidentales, misma que los académicos denominan «cultura poscristiana».²

Ahora bien, estoy escribiendo esto desde Providence, Rhode Island, que recientemente fue clasificada por Barna Group como la tercera ciudad más poscristiana de los Estados Unidos.³ Si estás leyendo esto desde el área de los Estados Unidos conocida como el «cinturón bíblico», quizás sientas que estoy hablando de otro planeta, ya que tu contexto probablemente todavía se parezca más al de la cristiandad. No obstante, si aún no has vivido este cambio, debes saber que está en camino.

La cultura poscristiana es única porque se origina a partir de una respuesta al cristianismo. Conoce el cristianismo, pero lo rechaza. La mayoría de las vacunas funcionan al exponer al cuerpo humano a una cantidad suficiente de un virus (una versión debilitada del mismo) para que el sistema inmunitario aprenda a defenderse contra él. Esto se conoce como *inoculación*. Del mismo

modo, las culturas poscristianas han estado expuestas a una cantidad suficiente del Evangelio —a menudo, una versión debilitada del mismo— y como resultado se han vuelto inmunes a él.

Algunos rasgos distintivos de una cultura poscristiana son (1) una especial habilidad para deconstruir la cosmovisión cristiana del mundo; (2) un interés por los valores del reino (como la justicia, la dignidad de todos los seres humanos, etc.), pero sin la autoridad del Rey; (3) una sensación de que la autoridad moral se ha desplazado del sector religioso al sector secular (por ejemplo, la ética sexual cristiana tal vez solía ser considerada como algo muy peculiar, pero en general era vista como una forma moral de vivir); y (4) un prejuicio casi farisaico hacia las enseñanzas de Jesús cuando se oponen a la cultura dominante.

Para el tema que nos interesa en este libro, esto significa que nuestros hijos están creciendo en un mundo que los está discipulando en estos rasgos poscristianos. Cuando estaba en la escuela secundaria, los que conocían mis puntos de vista (tradicionales) sobre el sexo a menudo me decían: «Qué buena persona eres, Sarah». A veces este tipo de aprobación me hacía sentir vergüenza, pero había un nivel básico de respeto por mis decisiones. Hoy en día, esa misma ética a menudo es considerada inmoral, represiva e incluso perjudicial. Estoy segura de que mis hijos no recibirán los mismos elogios por las decisiones que (espero) tomen sobre su cuerpo.

Aunque muchos de nosotros ya nos hemos acostumbrado, y me incluyo, es importante recordar que la cultura poscristiana no es neutral respecto a las enseñanzas de Jesús. De hecho, su trato es bastante hostil. No estoy diciendo que la sociedad de la cristiandad fuera mejor. Nunca me escucharás añorar los «días de gloria» del siglo pasado, ya que la cristiandad misma tenía sus propias y muy reales amenazas hacia quienes querían vivir a la manera de Jesús. Los términos «cristianismo» y «cristiandad» no son intercambiables; el primero tiene que ver con vivir a la

manera de Jesús, el segundo, con el poder cultural y los privilegios (dos cosas que Jesús no tenía en realidad).

Honestamente, no estoy convencida de que este cambio sea fundamentalmente malo para el futuro del cristianismo, de la misma manera que vivir en el exilio no fue fundamentalmente malo para el pueblo de Israel en la antigüedad, y que la persecución no fue fundamentalmente mala para el crecimiento de la iglesia primitiva o de la iglesia china moderna. El pueblo de Dios se adaptó en estos escenarios y permitió que las pruebas y tribulaciones de estos momentos los llevaran depender del poder de Dios más que de su propio poder. Anhelar volver a la cristiandad donde había poder cultural no es muy diferente de los israelitas que anhelaban volver a Egipto porque allí había carne.

Así que, por favor, no me malinterpreten, mi objetivo no es anhelar recuperar el poder cultural y el privilegio que los cristianos tuvieron en el pasado. No obstante, no debemos olvidar que, sin Jesús, el mundo que nos rodea está perdido. Si eres como yo, quizás por momentos sientas la tentación de tratar de ver estos rasgos del poscristianismo como nada más que «formas alternativas de vida». No me gusta llamarlos «camino equivocados» porque no me gusta sentirme como la crítica fanática que el mundo espera que sea por ser seguidora de Jesús. Pero esos caminos o formas de vida no nos llevan a ningún lugar al que realmente queramos ir. Esos caminos, junto con varios otros giros y vueltas, nos han llevado a una tierra que no reconocemos, donde el 50 % de nuestros hijos están abandonando la fe cuando llegan a la edad adulta.

LA IGLESIA

¿Alguna vez tus hijos han tenido una pelea en la que la forma en que se trataron el uno al otro te angustió más que la infracción original? Así es como me siento acerca de la cultura poscristiana y la iglesia. Lo que me preocupa aún más que el hecho de que

nuestros hijos estén siendo discipulados por los valores de un mundo poscristiano es cómo la iglesia occidental ha respondido, en general, ante esta situación.

Cuando los animales se sienten amenazados, tienden a responder con una de tres respuestas principales: pelear, huir o camuflarse. Los osos intentan atacarte, los ciervos huyen rápidamente, y los camaleones se esfuerzan por parecerse a la roca en la que están parados. En muchos sentidos, así es como la iglesia occidental ha respondido a los cambios culturales del siglo XXI:

- **Pelea:** Estas son las iglesias que creen en la «guerra cultural» y que han intentado aferrarse a los adornos y atavíos del poder cultural de una cristiandad que va en declive, y se aferran a candidatos políticos y batallas legales.
- **Huida:** Son las iglesias que se esconden en sus madrigueras, alejándose de la cultura dominante en favor de entornos cristianos monoculturales.
- **Camuflaje:** Son las iglesias sincretistas, que han tratado de mezclarse con la cultura cambiante y han adoptado muchos de los valores, actitudes e incluso perspectivas teológicas del entorno poscristiano.



Estas respuestas no son nada nuevo. En tiempos de Jesús, la comunidad judía respondió de forma muy parecida a la ocupación romana. Los zelotes optaron por pelear, intentando literalmente derrocar a Roma por la fuerza. Los esenios, y hasta cierto punto los fariseos, optaron por la huida, separándose completamente de todo lo que pudiera contaminarlos. Y los saduceos eligieron la opción del camuflaje, rechazando la tradición oral de sus

antepasados y mostrándose complacientes cuando era necesario a fin de sobrevivir.

Si la estadística del 50 % es una prueba de que estamos perdidos, entonces cada una de estas respuestas ha sido un giro equivocado en algún punto del camino, porque ninguna de estas respuestas está ayudando a nuestros hijos a caminar con Jesús confiadamente en un mundo que no camina con Él. Los niños que fueron criados con una mentalidad de «pelea» esperarán —y encontrarán— batallas por todas partes. Los niños a quienes se les inculcó una postura de «huida» tendrán dificultades para trasladar su experiencia con Dios a un entorno secular. Y los niños preparados para «camuflarse» temerán más que ninguna otra cosa recibir críticas de sus compañeros —y recibirán muchas—. Tenemos que recalcular y encontrar un nuevo camino.

Pero antes de hacer eso, hay otro par de giros equivocados en la categoría de «iglesia» que merecen una mención de honor.

La profesionalización del sacerdocio. Una de las principales doctrinas de la Reforma protestante del siglo XVI fue «el sacerdocio de todos los creyentes». Los líderes de este movimiento, que buscaban la reforma de la iglesia estatal, sintieron una profunda convicción de que era necesario liberar la labor del ministerio de una pequeña élite de sacerdotes e invitar a cada cristiano a unirse a Dios en la obra de renovación en su vida cotidiana. Sin embargo, quinientos años después, muchas iglesias que remontan su herencia espiritual a este movimiento no parecen seguir esta doctrina en la práctica. Nuestra iglesia, Sanctuary Church en Providence, Rhode Island, utiliza la analogía de un campo de fútbol. En muchas iglesias hoy en día, los únicos que parecen estar en el campo son los miembros del personal de la iglesia. Son ellos los que realizan fielmente el trabajo del ministerio del reino mientras la congregación los mira desde las gradas, animándolos (o, con demasiada frecuencia, abucheándolos y quejándose en voz alta sobre cómo podrían mejorar su juego). En la iglesia

Sanctuary Church tenemos la esperanza de que el personal de la iglesia opere más como bien como entrenadores, directores técnicos y médicos, e incluso como animadores, y que la congregación esté en el campo, colaborando con Jesús en el trabajo que Él los ha llamado a hacer en sus propios contextos: en el trabajo, en los barrios, y en los hogares. Como dice Aaron Niequist, «[el personal de la iglesia] sin duda tiene un papel que desempeñar, pero su trabajo principal es enviar a todos los demás en la iglesia al trabajo que realizarán las 166 horas que restan de la semana».⁴

Los padres son uno de los grupos que muchas iglesias han mantenido en las gradas durante demasiado tiempo. Si bien es cierto que muchos padres son sobreprotectores y tienden a involucrarse demasiado en la vida de sus hijos, cuando se trata del discipulado, muchos de nosotros nos sentamos en las gradas semana tras semana. Observamos a los pastores de jóvenes, a los directores del ministerio de niños y a los maestros de la escuela dominical hacer grandes jugadas y nos sentimos aliviados de que gente con experiencia haga el trabajo por nosotros. Y mientras tanto, nadie se da cuenta —mucho menos los padres— de que si nos dieran el balón, muy probablemente nos convertiríamos en los jugadores más valiosos. Una manera fundamental de que la iglesia encuentre de nuevo su camino es volver a examinar la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes a fin de equipar y capacitar a cada seguidor de Jesús para que encuentre su lugar en la misión de Dios.

Los planes de estudio de escuela dominical comercializados masivamente. Recuerdo que una semana, cuando Noah tenía cuatro años, llegó a casa de la escuela dominical con uno de esos pequeños folletos para padres que resumen la lección del día (ya saben, esos que suelen ir directamente a la papelera de reciclaje sin siquiera echarles un vistazo). La lección de ese día había tratado sobre Noé, su personaje favorito de la Biblia por obvias razones. La lección clave decía: «Noé fue amable con los animales.

¿Cómo puedes ser amable con tu familia esta semana?». Me quedé sorprendida. ¿Cómo es posible que la historia de Noé —una historia sobre escuchar la voz de Dios y obedecer aun cuando todos los demás piensen que estás loco; una historia sobre juicio y rescate; una historia sobre la redención de la humanidad por parte de Dios— se haya diluido hasta el punto de que estemos dando lecciones endulzadas sobre la amabilidad hacia los animales?

Bueno, déjame contarte exactamente cómo llegó a pasar esto.

Antes de finales del siglo XIX, la principal herramienta para la enseñanza religiosa era el catecismo, un resumen de los principios básicos de la fe cristiana en forma de preguntas y respuestas. Esta herramienta, utilizada tanto con niños como con nuevos creyentes, instruía acerca de la visión más amplia de la historia de Dios. Abarcaba temas como la creación y la caída de la humanidad, la naturaleza de la Trinidad, el camino hacia la salvación, el propósito de la iglesia y el regreso de Cristo. Por ejemplo, esta es una porción del conocido *Catecismo de Westminster*:

Q1. ¿Cuál es el fin principal del hombre?

El fin principal del hombre es glorificar a Dios, y gozar de Él para siempre.

Q2. ¿Qué regla ha dado Dios para enseñarnos cómo podemos glorificarle y gozar de Él?

La Palabra de Dios contenida en las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento es la única regla para enseñarnos cómo podemos glorificarle y gozar de Él.

Q3. ¿Qué enseñan las Escrituras principalmente?

Las Escrituras enseñan principalmente lo que el hombre debe creer respecto a Dios y los deberes que Dios requiere del hombre.

Q4. ¿Qué es Dios?

Dios es un Espíritu, infinito, eterno e inmutable en su ser, sabiduría, poder, santidad, justicia, bondad y verdad.⁵

Hacia finales del siglo XIX y durante la primera parte del siglo XX, varias oleadas de avivamiento recorrieron Europa y Estados Unidos, y aumentaron considerablemente el número de nuevos creyentes que necesitaban ser instruidos en su nueva fe. Para satisfacer esta necesidad, los laicos empezaron a engrosar las filas de los educadores religiosos, que anteriormente solo habían incluido al clero. Este fue el comienzo de lo que se conoció como el Movimiento de la Escuela Dominical. A primera vista, se trataba de algo maravilloso, ya que le abrió la puerta a cientos de laicos a lo ancho del mundo occidental para que colaboraran con el clero en respuesta a una acción del Espíritu de Dios.

No obstante, ¿cómo se puede formar y preparar a toda una nueva clase de maestros religiosos sin acceso a seminarios? En poco tiempo, empezaron a formarse ministerios paraeclesiales llamados Asociaciones de Escuela Dominical, y su misión consistía en instruir y capacitar a estos maestros laicos. Como eran ministerios paraeclesiales, eran interdenominacionales. Y como eran interdenominacionales, no siempre coincidían en los pequeños detalles doctrinales de los diversos catecismos utilizados por las principales denominaciones. Entonces, al considerar su audiencia interdenominacional, estas asociaciones de escuela dominical tomaron la decisión de basar sus planes de estudio exclusivamente en la única herramienta de enseñanza en la que todas las grandes denominaciones podían coincidir: la Biblia.

A primera vista, esto suena increíble: las denominaciones trabajando juntas, empoderando a los laicos y dependiendo de la Biblia como base común para la instrucción religiosa. Sin embargo, como J. I. Packer y Gary Parrett explican en su libro *Grounded in the Gospel*:

Sin embargo, ¿es verdaderamente posible evitar las controversias doctrinales al enseñar la Biblia? A fin de acercarse a este objetivo, resultó inevitable que el enfoque de la

enseñanza bíblica se alejara del énfasis en la doctrina y terminara en la enseñanza de las historias bíblicas. Aunque es cierto que es bueno enseñar las historias de la Biblia, a menudo esto se ha hecho de tal manera que las historias particulares son apartadas de la historia más amplia de Dios y su obra para redimir a la humanidad. Esto trae como resultado que con frecuencia la atención se desvíe de la gracia de Dios revelada en Cristo Jesús y se concentre en la mera repetición de historias y eventos por episodios, muchas veces seguidos de exhortaciones morales: «Se nos muestra que Jonás se metió en problemas, así que nosotros deberíamos...»; «María se entregó totalmente al Señor, y nosotros debemos hacer lo mismo». Un niño que creció o incluso comenzó recientemente una escuela dominical evangélica probablemente conocerá las historias de Noé, Moisés, Jonás y María. Pero al mismo tiempo es probable que ese niño no sepa recitar el Credo de los Apóstoles o repetir los Diez Mandamientos.⁶

Avancemos un par de siglos, añadamos las presiones del mercado y los márgenes de ganancias, y la historia de Noé terminó por convertirse en una conversación sobre la amabilidad. Ahora, es posible que estés pensando: «¡Tu hijo solo tenía cuatro años! ¿Realmente esperabas que sus maestros de la escuela dominical le enseñaran acerca de escuchar la voz de Dios? ¿O sobre la ira de Dios?». Con toda franqueza, sí.

Esto es lo que me preocupa profundamente de esta tendencia: los investigadores del ministerio Sticky Faith del Fuller Youth Institute sugieren que una sólida comprensión del evangelio es uno de los factores clave para desarrollar una fe que «se adhiera» desde la infancia hasta la edad adulta.⁷ En el mismo estudio, también descubren que una confusión central entre los adolescentes sobre el evangelio gira en torno al papel del comportamiento. «Muchos jóvenes ven la fe como un abrigo: algo que pueden ponerse o quitarse en función de su comportamiento».⁸

¿Es de extrañar que nuestros hijos estén confundidos sobre el papel del comportamiento cuando no los hemos ayudado, por ejemplo, a conectar la historia de Noé con la historia más amplia de la gracia y la redención de Dios, y en cambio los hemos animado a concentrarse solo en el buen comportamiento de Noé?

En resumen, se trata de un giro terriblemente equivocado, como si estuviéramos yendo en dirección norte cuando debíamos ir hacia el sur por una autopista. A medida que volvamos sobre nuestros pasos y retomemos el camino correcto, es de suma importancia que ayudemos a nuestros hijos a entender el arco narrativo más amplio de las Escrituras y cuál es su lugar en los propósitos eternos de Dios.

NOSOTROS

Por último, los padres también hemos tomado algunos caminos equivocados. Y cuando digo eso, no me refiero a los pasos en falso y los errores que cada uno de nosotros ha cometido personalmente en este viaje. Esos son inevitables: somos seres humanos pecadores y falibles. (Por cierto, si tus hijos no conocen estos dos hechos sobre ti, habla con ellos al respecto ahora. Habla de este tema a menudo. Discúlpate con tus hijos y pídeles perdón cada vez que te equivoques. Te sorprendería saber cuántos niños crecen asumiendo que sus padres no son pecadores y son infalibles, y se desilusionan profundamente más tarde cuando se enteran de la verdad de una forma más dramática). A lo que me refiero es a los giros equivocados que hemos tomado colectivamente como padres. Y este es el más importante: en casi todos los ámbitos de la vida, cuando queremos que nuestros hijos crezcan o tengan éxito en algo, los dejamos en manos de profesionales. Contratamos tutores de matemáticas y entrenadores de fútbol, y los llevamos a clases de canto. Esto es completamente normal en nuestra sociedad y tiene mucho sentido. Mi esposo y

yo contratamos profesores de música para nuestros hijos (piano y batería) en cuanto sus habilidades eclipsaron las nuestras.

El error ha sido suponer que esta lógica, por lo demás muy sensata, es aplicable también al desarrollo espiritual de nuestros hijos. Cuando la iglesia provee un pastor de niños, de jóvenes o incluso un maestro de escuela dominical, respiramos aliviados y entregamos a nuestros hijos a quienes «están para eso» y suponemos que están mucho más calificados que nosotros para formar a nuestros hijos en esta área. (Nótese cómo nuestra preferencia por los maestros y formadores profesionales se complementa muy bien con el énfasis de la iglesia en los ministros profesionales).

El único problema es que esta lógica no es aplicable al desarrollo espiritual de nuestros hijos. No me malinterpreten. Los ministros de familias, niños y jóvenes que brindan sus servicios en la iglesia son un don increíble para la iglesia y una pieza importante del rompecabezas cuando se trata del desarrollo de la fe de los niños. Pero no son un sustituto adecuado del liderazgo espiritual de los padres. Los datos lo muestran claramente: el liderazgo de los padres es esencial cuando se trata de ayudar a los niños a aprender a caminar con Jesús.



En aquellos años antes de que aparecieran los GPS, una de las peores partes de perderme era la sensación inicial de desgracia inminente cuando empezaba a darme cuenta de que no estaba en el camino correcto, seguida de la confusión absoluta que sentía mientras conducía en círculos intentando encontrar el camino de vuelta a algo que reconociera: un punto de referencia, una señal de tráfico, cualquier cosa. Y siempre sentía cierto alivio cuando decidía detenerme en una gasolinera y admitir que me había perdido, porque ese era el primer paso para volver a encontrar el camino.

Espero que estés sintiendo esa sensación de alivio en este momento. La verdad es que no queríamos acabar aquí, con el 50 % de nuestros hijos alejándose de Jesús al llegar a la edad adulta. Así que está bien —y quizás incluso sea liberador— admitir que estamos perdidos y que necesitamos un poco de ayuda para volver al camino correcto.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cómo te hace sentir la estadística del 50 %? ¿Qué pensamientos o emociones surgen al reflexionar sobre esto?
2. ¿Cómo ha sido tu experiencia con respecto a la cultura poscristiana? ¿Se ha parecido más a una experiencia de pasar de una cultura a otra, o más bien se trata de tu «hogar» cultural? ¿Cuáles son las implicaciones de tu respuesta a las preguntas anteriores a la hora de ayudar a tus hijos a aprender a seguir a Jesús en un mundo poscristiano?
3. De las tres posibles respuestas a la cultura poscristiana (pelea, huida o camuflaje), ¿te identificas con alguna de ellas? ¿Cuál te sientes más tentado a imitar? ¿Cómo puede tu postura afectar la forma en que tus hijos ven el mundo?
4. En una escala del uno al cinco, ¿en qué medida estás de acuerdo con la idea de que los líderes y el personal de la iglesia parecen estar mejor preparados que tú para disciplinar a tus hijos?

Para líderes y pastores

1. ¿Cuál de las tres respuestas a la cultura poscristiana es más probable que adopte tu iglesia? ¿Es igual o diferente de tu propia respuesta natural?
2. ¿Cómo reflejan la organización y la estructura de tu iglesia la idea del sacerdocio de todos los creyentes? ¿Quién dirige las jugadas en el campo? ¿Quién está en las gradas?

3. ¿Cómo aprenden los niños de la comunidad de tu iglesia sobre la historia más amplia de Dios y el lugar que cada uno de ellos ocupa en esa historia? ¿Ayuda el plan de estudio de la escuela dominical a los niños a entender el evangelio de la gracia, o más bien el evangelio del buen comportamiento?

BUY THE BOOK!

ivpress.com/ensenen-bien-a-sus-hijos